
Pedro Henríquez Ureña, relacionador de las culturas hispánicas

En el área de las definiciones y de las impresiones

El Diccionario de la Lengua de la Real Academia Española ¹ explica lo hispánico como lo «perteneiente o relativo a la antigua Hispania o a los pueblos que formaron parte de ella y a los que nacieron de estos pueblos en época posterior». Define la hispanidad como el «carácter genérico de todos los pueblos de lengua y cultura hispánica» y como el «conjunto y comunidad de los pueblos hispanos».

El adjetivo hispano se aplica tanto a lo «perteneiente o relativo a España», como a lo «perteneiente o relativo a todos los pueblos hispanoamericanos».

Como en toda definición, aunque resulte acertada y abarque las ideas centrales de su espacio, siempre hay matices, tonos, tintas, graduaciones, y surgen unos componentes que piden atención, porque ayudan a explicar los variados rostros de la unidad de un concepto.

He oído a españoles que visitan a Hispanoamérica y a Iberoamérica —para no dejar de incluir al Brasil—, esas primeras impresiones que parecen ir por líneas paralelas y no divorciadas entre sí. La extrañeza ante lo desmesurado del espacio conjunto y la variedad y pluralidad de Hispanoamérica o Iberoamérica dentro de ese ámbito de la geografía que da una sensación de lo desmedido, de lo enorme, de lo excesivo.

Me parece que también al iberoamericano que recorre el continente le ocurre algo parecido, por la variedad y pluralidad dentro de los espacios de un continente —Mundo.

Poco antes de la segunda gran guerra mundial, emprendí un viaje en barco a lo largo de la costa del Pacífico hispanoamericano y, luego, en el Caribe. No obstante los cuarenta y tantos años transcurridos, conservo muy viva mi emoción ante la singularidad, por su variada extensión, del mundo de nuestra América —para utilizar una definición de José Martí—, y la impresión que veía «varias» Indohispanoamérica, pues la presencia indígena o mestiza asomaba en unos ojillos de vigilantes noches dormidas, indagadoras, en Chañaral, Antofagasta, Mollendo, Callao, Talara, Guayaquil. Luego ya no eran sólo el silencio del indio o el relámpago del mestizo sino que la piel oscura, achocolatada, color café con leche, del negro y del mulato, estaba presente en Buenaventura, Panamá, Colón, La Habana. Tenía entonces veinticinco años y descubría una América múltiple y pluricolor. ¿Dónde estaba su unidad? Mis viajes sucesivos y circulares por Iberoamérica han ampliado esas primeras impresiones en el sentido que nuestra América es tan dilatada y variada como mágica.

¹ Madrid, 1970, pág. 713, col 1.

Para el iberoamericano que visita a España, en busca de las raíces maternas capaces de explicarle la otra parte de su mestizaje y de su mulatez, la impresión no deja de inscribirse en una especie de fascinación inspirada por la constatación de las plurales raíces culturales —tan antiguas también— que nutren a la madre España y por las variadas presencias regionales que le dan una visión plural a su unidad.

También fueron muy hondas y variadas mis impresiones. Mi generación literaria se vio marcada por la guerra civil española, la lucha contra el nazifascismo y por la unidad de la izquierda chilena en el Frente Popular. Vencida la república española me parecía una traición a los derrotados visitar el país donde la voz de mando continuaba siendo la del Generalísimo. Pero en abril de 1963 mis amigos españoles exiliados en París, del PSOE, me pidieron que recorriera España y les diera, luego, mis impresiones lo más objetivas posibles, de lo que apreciara en los aspectos políticos, sociales, económicos, culturales, pues deseaban cotejarlas con otros pareceres.

Entré con mucha emoción por la frontera del País Vasco, con mi mujer y con mi hija Elsa, para recorrer España por carretera. Este viaje —y los que siguieron— me confirmó la presencia de las varias Españas.

Recuerdo estos viajes, ahora, no por simple deleite de caminante sino para recordar las dificultades de nuestros humanistas hispanoamericanos relacionadores de nuestras culturas, donde no es solamente el trabajo de nuestra identidad iberoamericana, dentro de la variedad, sino —además— la relación entre Hispanoamérica y España que requiere un redescubrimiento permanente y simultáneo. Esta fue la empresa de nuestro humanista del siglo XIX, Andrés Bello (Caracas, 1781-1865) y de nuestro humanista del siglo XX, Pedro Henríquez Ureña (Santo Domingo, 1884-1946)².

Las dificultades para una relación y reconciliación de las dos orillas atlánticas

La tarea humanística relacionadora entre Hispanoamérica y España, que emprenden Andrés Bello y Pedro Henríquez Ureña, en sus siglos respectivos, es una empresa que debe afrontar y vencer dificultades de orden, histórico, psicológico, de mucha cuantía. Ellos nos empiezan «a devolver» a España en un siglo eminentemente conflictivo.

Esto de «la devolución» de España a Hispanoamérica y de Hispanoamérica a España tiene sus matices, porque en realidad España no se fue de Hispanoamérica

² Esto habría que matizarlo, naturalmente. Simón Bolívar (1783-1830) dijo en su «Carta de Jamaica»: «Nosotros somos un pequeño género humano.» Y escribió, también: «Yo deseo más que otro alguno ver formar en América la más grande nación del mundo menos por su extensión y riqueza que por su libertad y gloria.» Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888) ahonda con su tesis de «América americana» uno de los aspectos del problema de las relaciones, centrándola en el redescubrimiento de lo propio. Juan Montalvo (1833-1889) intenta el mayor enlace a través de su purismo de la lengua y su liberalismo. Eugenio María de Hostos (1839-1903) busca un americanismo de moral social, mientras José Martí (1853-1895) es un relacionador de nuestra América y de España, no obstante, su oposición política a un determinado gobierno de España. Los humanistas relacionadores entre las culturas hispánicas, durante el siglo XX, son, también, de la calidad de un Alfonso Reyes (1889-1959), autor de *Ondas de España*, y discípulo de Ramón Menéndez Pidal en el Centro de Estudios Históricos de Madrid.

—porque biológicamente y en lo cultural estaba, está, presente, aunque, a veces por los enfrentamientos inmediatos de orden históricopolíticos, sociales, económicos, psicológicos y administrativos, esta presencia estuviera un poco más atenuada, España es siempre para Hispanoamérica como el oleaje permanente del inconsciente colectivo jungiano.

Los historiadores de nuestras guerras independentistas hispanoamericanas, o separatistas, han aludido a una serie de factores económicos, sociales, políticos, administrativos, culturales y morales.

Pero pienso que, desde un ángulo distinto, pueden contemplarse estas luchas que embarcan el siglo XIX, pues si empiezan con el precursor Miranda, terminan con la guerra hispano-norteamericana en 1898, como un gran pleito familiar entre la familia hispana y donde, naturalmente, otras potencias —como Inglaterra, Francia y Norteamérica— ponen el ají, la pimienta y la sal, para ver si sacan ventajas en esta gran riña continental entre peninsulares y criollos, entre padre e hijos, primos, hermanos y parientes nacidos unos en la península y otros en el Nuevo Mundo, las Indias Occidentales o América.

Hay en el siglo XVIII enfrentamientos entre los indígenas en Charcas, Tungasuca, Tinta y otros sitios, de lo que hoy son Bolivia y el Alto Perú, motivados por los abusos de los corregidores que no cumplen las leyes de Indias. Estas insurrecciones de los indios son contra los abusos de la mita, los obrajes y repartimientos. Es el levantamiento de los hermanos Catari contra el corregidor de Chayanta, en agosto de 1780 y el de José Gabriel Condocanqui, «Tupac Amaru», contra el corregidor Antonio de Arriaga el 4 de noviembre de 1780. Con toda la violencia y la explotación al indígena, los abusos y crueldades, la colonización española en América no tiene el signo bárbaro de la inglesa en el norte continental y de la colonización de los Estados Unidos de Norteamérica ³.

Tanto en la acción relacionadora de las culturas hispánicas, en Andrés Bello y en Pedro Henríquez Ureña, no quiero dejar de eludir a un factor que en forma agazapada, de inconsciente sobrepersonal o colectivo o de reflejo condicionado pavloviano, ha

³ Recorro a una opinión no de un historiador español, sino hispanoamericano, no precisamente conservador, sino de la izquierda democrática, y en una obra que goza de prestigio en Hispanoamérica. Me refiero a *Historia General de América*, del peruano Luis Alberto Sánchez, ex rector de la Universidad de San Marcos de Lima. En el tomo I, sexta edición, Santiago de Chile, Editorial Ercilla, en la pág. 416 escribe:

«En la Nueva Inglaterra, como después en el Canadá, se combatió al indio sin tregua. Más tarde, ese desdén por el hombre de color y ese ansia de apoderarse de sus tierras —tan vastas como despobladas— impulsaron la política antiindígena de los Estados Unidos, que entendieron solucionar tal problema segando vidas y destruyendo caseríos de nativos.

Contrasta en esto la colonización inglesa con la española y con la portuguesa, pese a los abusos de los corregidores hispanocriollos. El español explotó el trabajo del indio sin importarle su salud y exponiéndolo a la muerte, contrariando en eso el espíritu clemente de la legislación dictada por el Consejo de Indias. El inglés, salvo el cuáquero, exterminó hasta donde pudo al indio, de acuerdo con el espíritu racista de su política.»

Señala, también, Luis Alberto Sánchez: «Las estadísticas al respecto son de una elocuencia incontestable. Justo es tenerlo en cuenta cuando se enfrenta uno a la comparación de los sistemas coloniales vigentes en los siglos XVI a XVIII, para resaltar que el clérigo católico era, en mucha parte, auténticamente caritativo y cristiano y tuvo apóstoles de la talla de Bartolomé de las Casas y el padre Claver.»

conspirado contra la mejor comprensión de España, y me refiero a la leyenda o crónica negra —que es lo que hoy pudiéramos llamar un tipo de guerra psicológica o guerra ideológica o guerra revolucionaria— no fue contrarrestada por España que no quiso o no supo cómo contrarrestarla, en su momento histórico. Nos llevaría lejos —y no es el tema específico de hoy— analizar en qué forma en los siglos de Andrés Bello y Pedro Henríquez Ureña esta leyenda o crónica negra ha sido utilizada como palanca psicológica para enjuagar frustraciones de las potencias ayer enemigas de España y en la guerra hispano-norteamericana de 1898, pero también en los malos entendimientos entre Hispanoamérica y España.

La leyenda o crónica negra logró infiltrar una imagen feroz contra España, ocultar las propias leyendas o crónicas negras de las potencias rivales o adversarias de España, y la he visto esgrimida, en nuestro tiempo, desde Hispanoamérica, alguna vez, como un medio inconsciente sobrepersonal para «justificar» o «compensar» nuestras equivocaciones o errores hispanoamericanos.

Desarmar esta guerra psicológica continúa siendo un necesario esclarecimiento de los hechos históricos, y me exonero de culpa a la propia pasión y al enfrentamiento interno español, que también nutrió esta imagen distorsionada de España.

Andrés Bello nos revela amor por las raíces nutritoras de España y, aún situado en años del conflicto entre Hispanoamérica y España, tiene el suficiente talento para comprender que hay que situarse por encima del antagonismo político, social, económico y administrativo, y que existe una herencia cultural donde hay que trabajar con útil fervor en lo que, como herederos de la cultura española, nos pertenece ⁴.

La comprensión hacia España

Tres espacios importantes en la obra de Pedro Henríquez Ureña comportan tres labores paralelas relacionadoras y simultáneas que coronan una visión del humanista y son consecuentes con el mundo de las culturas hispánicas.

Es indudable en Pedro Henríquez Ureña el amor dominicano y la devoción en la relación del entronque cultural de España en Santo Domingo, eje de las primeras y grandes fundaciones culturales hispanas y umbral espiritual y material vivo para la conquista y colonización del Nuevo Mundo, de las Indias Occidentales o América.

⁴ En *América en su literatura*, San Juan de Puerto Rico, 1967, Editorial Universitaria, Ediciones de la Torre, Universidad de Puerto Rico, Anita Arroyo en pág. 209 escribe sobre Andrés Bello:

«La etapa londinense es la más fecunda en trabajos de filología y de historia literaria que revelan una asombrosa erudición y una agudísima inteligencia interpretativa. Así sus investigaciones sobre el *Poema del Cid*, sobre la *Crónica de Turpin*, sobre los orígenes de la epopeya castellana y de la épica francesa, sobre el verso asonante, sobre la versificación romance. Estos trabajos los inicia casi todos en Londres y permanecen desconocidos para el mundo erudito hasta que Menéndez y Pelayo, medio siglo después, ya muerto Bello, los descubre con asombro, según él mismo lo revela en carta a Amunátegui: “El tomo de opúsculos literarios críticos ha acabado de confirmarme en la idea de que Andrés Bello se adelantó en muchos años a una porción de ideas (sobre el origen de la rima, sobre la epopeya caballeresca, etc.), que hoy pasan por muy avanzadas entre los más doctos cultivadores de la filología neolatina y de la historia literaria de los tiempos medios.»

Pedro Henríquez Ureña se sitúa en un justo término, con visión objetiva y comprensiva en el choque de dos culturas distintas —y que son dos tecnologías diversas— que tienen su primer escenario en la isla Española o Santo Domingo. No desdeña ni a la cultura indígena ni a la cultura hispana, y trata de comprenderlas a ambas.

El amor dominicano de Pedro Henríquez Ureña está en su sangre y nace y crece desde el ambiente de su hogar ⁵. Su libro de 1936, *La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo*, Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana, nos devuelve una identidad desde las raíces de nuestra historia. Su libro, aparecido cuatro años más tarde, *El español en Santo Domingo*, Buenos Aires, 1940, Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana, encuentra, desde una vertiente cultural paralela, a la del libro anterior, una proyección esclarecedora de la importancia de la presencia de la cultura española en Santo Domingo ⁶.

El segundo espacio paralelo en el conjunto de la obra de Pedro Henríquez Ureña habría que ponerlo bajo el denominador que abarca la comprensión de Hispanoamérica con el signo compendiador de *La Utopía de América* ⁷.

⁵ Los abuelos paternos de Pedro Henríquez Ureña son don Noel Henríquez, curazoleño de origen sefardí y doña Clotilde Carvajal, dominico-española. Su padre es don Francisco Henríquez Carvajal, hombre de gran cultura, se doctoró en medicina en París y en derecho en Santo Domingo, fue profesor y diplomático y el 25 de julio de 1916 fue elegido presidente de la República Dominicana. La ocupación norteamericana del 29 de noviembre de 1916 determinó que don Francisco se convirtiera, desde el exilio, en el abanderado de la causa nacionalista, independentista, dominicana. La madre de Pedro Henríquez Ureña es Salomé Ureña (1850-1897), uno de los llamados *Poetas Mayores* dominicanos del siglo XIX. Salomé Ureña de Henríquez es la fundadora de la educación superior para mujeres en Santo Domingo (1881). Su labor pedagógica es estimulada por Eugenio María de Hostos (1839-1903) y su influencia en la formación de Pedro Henríquez Ureña es importante. Los abuelos maternos de Pedro Henríquez Ureña son don Nicolás Ureña de Mendoza y doña Gregoria Díaz y León. Nicolás Ureña de Mendoza (1822-1875) es, con Félix María del Monte, el iniciador de lo que Joaquín Balaguer ha llamado «el color local de la poesía dominicana», al paisaje campestre del país y la flora y la poética fauna dominicanas. La otra cuerda lírica de Ureña de Mendoza es la del sentimiento religioso. Tío de Pedro Henríquez Ureña es don Federico Henríquez y Carvajal (1848-1951), maestro de varias generaciones dominicanas, ex rector de la Universidad de Santo Domingo y autor de una vasta obra literaria en varios géneros, poeta de muy variados temas y a quien José Martí escribió la carta —desde Montecristi, República Dominicana— del 25 de marzo de 1895, que ha sido considerada como el testamento político del Apóstol de la Independencia de Cuba. Hermanos de Pedro Henríquez Ureña son Max Henríquez Ureña (Santo Domingo, 1885), historiador, narrador, poeta, crítico literario, ensayista; son fundamentales sus *Breve Historia del Modernismo*, México, 1954, Fondo de Cultura Económica; su *Panorama Histórico de la literatura dominicana*, Río de Janeiro, 1945 y su *Panorama Histórico de la Literatura Cubana 1492-1952*, 2 tomos, 1963. Nueva York —impreso en México—, Las Américas Publishing Co., y también Camila Henríquez Ureña, distinguida educadora y feminista.

⁶ En *El español en Santo Domingo*, Santo Domingo, 1975, Biblioteca Nacional, Feria del libro 1975, Editora Taller, Pedro Henríquez Ureña escribe en pág. 35: «En el orden de la cultura, Santo Domingo fue el centro del Mar Caribe, con su Universidad de Santo Tomás de Aquino (1538) y su Universidad de Santiago de la Paz (1540), hasta que se fundaron, dos siglos después, las de Santa Rosa de Caracas (cédula real de 1721; bula papal de 1722) y San Jerónimo en La Habana (bula de 1721; cédula de 1728). Todavía mucho después de fundadas las nuevas instituciones, la más antigua de Santo Domingo, gracias a su fama, recibía muchos alumnos de Venezuela, de Cuba y de Puerto Rico». (La primera edición de *El español en Santo Domingo* es de Buenos Aires, 1940, Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana.)

⁷ Pedro Henríquez Ureña: *La Utopía de América*, Caracas, 1978, Biblioteca Ayacucho, 571 págs. Prólogo Rafael Gutiérrez Girardot. Compilación y Cronología Angel Rama y Rafael Gutiérrez Girardot.

Y el tercer espacio —sin que el número signifique prioridad, porque se trata de tres vías paralelas e interrelacionadas— es la comprensión general de España y que cristaliza en *Plenitud de España* ⁸.

Es significativo el estudio inicial «España en la cultura moderna». Hay una relación entre el descubrimiento de América, para los occidentales, y España, que Pedro Henríquez Ureña revisa, no sin dejar de aludir a ese «eclipse político» de España durante doscientos años y en cuya imagen veo también el trabajo y deterioro psicológico desde la crónica o leyenda negra a la que aludí antes. En la página 10 de la citada edición escribe Pedro Henríquez Ureña:

«Como el idioma español sufrió eclipse político durante doscientos años, la figura de España aparece, a los ojos del vulgo, inferior a lo que realmente ha sido en la creación de la cultura moderna.

Desde la época de los Reyes Católicos hasta la de Felipe II, navegaciones y descubrimientos dan a España y Portugal —una sola unidad de cultura entonces— función renovadora en las ciencias de aplicación y descripción. Es enorme su labor en geografía, en mineralogía, en zoología y botánica. De la zoología y la botánica se ha dicho que renacen, después de siglos de estancamiento, con el descubrimiento de América. En las ciencias puras, la actividad es muy inferior. Pero en los tiempos de Carlos V, cuando no se echaba de menos en España ninguno de los impulsos del Renacimiento, cuando se discutían francamente problemas religiosos y filosóficos y se ensayaban novedades fecundas en todas las artes, el movimiento científico hispano-portugués estaba lleno de promesas, con los estudios de Fray Juan de Ortega en matemáticas y de Pedro Juan Núñez, el genial Nonnius, en álgebra y en cosmografía, y de Alvaro Tomás sobre la teoría de las proporciones y de las propiedades del movimiento, anticipando a Galileo, y de Miguel Servet en biología, y hasta los atisbos de Hernán Pérez de Oliva sobre el electromagnetismo. El posterior descenso de las ciencias teóricas se ha explicado siempre con la ojeriza inquisitorial hacia la investigación libre: sería inútil negar su influencia. Otra grave causa fue la norma dictada en 1550, con fines defensivos para las universidades españolas: se prohibió salir a estudiar en universidades extranjeras. Prueba de cómo la ciencia no puede aislarse: universal por esencia, en los tiempos modernos lo es además en su desarrollo.»

Hay otra observación —entre las varias muy atinadas de Pedro Henríquez Ureña, respecto al papel de España en la cultura moderna— que me parece necesario citar, pues se refiere a la relación entre la península e Hispanoamérica. Aun casi en los umbrales del Tercer Milenio no podemos negar incomprensiones y desconocimientos entre las orillas atlánticas, pese al aporte relacionador de un Pedro Henríquez Ureña, de un Alfonso Reyes, de un José Vasconcelos y de otros hispanoamericanos en el siglo XX. Escuchemos a Henríquez Ureña:

«En el pensamiento jurídico, España procede con originalidad y amplitud. La conquista de América la puso frente a problemas nuevos. Y la nación conquistadora es la primera en la historia moderna que discute la conquista. De la heroica contienda que abren tres frailes dominicos en la isla de Santo Domingo, en 1510, y que Bartolomé de Las Casas hizo suya durante cincuenta años, salieron las Leyes de Indias y la doctrina de Francisco Vitoria y de sus discípulos, que, transmitida a Grocio, ampliada y divulgada por él, constituyó «un progreso en la vida moral del género humano». Esta doctrina se resume en el igual derecho de todos los hombres a la justicia y en el igual derecho de todos los pueblos a la libertad. Sus primitivos

⁸ Pedro Henríquez Ureña: *Plenitud de España*, Buenos Aires, tercera edición, 1967 —la primera es de 1940— Estudios de Historia de la Cultura, Biblioteca Clásica y Contemporánea. 197 págs.

antecedentes están en las disposiciones que dictó Isabel la Católica sobre América, anticipándose a los problemas de la discusión.

«España recibió de Italia, desde el siglo XV, la devoción de la antigüedad clásica y bien pronto se aplicó a estudiarla de acuerdo con méritos rigurosos. A la labor de interpretación, de crítica, de estudio histórico y lingüístico, de revisión y depuración de textos, se aplican hombres como Antonio de Nebrija, cuyo nombre se hizo símbolo de la enseñanza del latín; Diego Hurtado de Mendoza, Pedro Simón Abril, Juan Páez de Castro, Alfonso García Matamoros, Pedro de Valencia, precursor de los modernos historiadores de la filosofía en su estudio monográfico sobre la teoría del conocimiento entre los platónicos de la Academia Nueva. Con la erudición clásica coincidía la erudición bíblica, que produjo los monumentos de la Biblia Políglota de Alcalá, bajo la inspiración del Cardenal Cisneros (1514-1517), y la de Arias Montano (Amberes, 1568-1572). Son multitud estos investigadores, críticos, comentadores y traductores: así, Aristóteles pasó íntegramente al español antes que a ninguna otra lengua moderna; en la versión de las tragedias griegas, sólo Italia se adelanta a España, y en muy pocos años...» Y, sin embargo, Sandys olvidó a los españoles en su *Historia de la erudición clásica!*» (págs. 12 y 13, de la edición de 1967 de *Plenitud de España*).

Es significativa la observación de Pedro Henríquez Ureña en relación con el olvido de España en la obra de Sandys *Historia de la erudición clásica*. Estos olvidos suelen tener razones políticas, psicológicas o de ese inconsciente que pudieran explicar Freud, Jung y los psicoanalistas. Una serie de prejuicios y «enemistades culturales» suelen estar presentes a la hora de un histórico panorama como el de Sandys. Y esto viene a ser el reverso de la labor de los relacionadores de las culturas hispánicas.

Deseo hacer una cita más de *Plenitud de España*, pág. 14, no porque haga falta en España, sino porque en Hispanoamérica, con un siglo XIX muy cargadamente francés y con un siglo XX muy cargadamente inglés y norteamericano, solemos perder ciertas perspectivas de conjunto sobre la importancia, la calidad, de lo que culturalmente hemos heredado de España.

«Las teorías literarias de los españoles no eran conocidas fuera de España —salvo la de Vives—, pero las obras literarias sí. A partir del siglo XVI, Europa se enriquece con el saqueo de España, como antes con el saqueo de Italia. España se convierte en maestra de la novela, como Italia lo había sido antes; crea con Inglaterra y Francia el teatro moderno, que Italia inició pero no llevó a pleno desarrollo; pone invención en toda especie de literatura.»

Y esta nota al pie de la pág. 14, que es complementaria de lo anterior:

«Es muy conocido el pasaje del *Diálogo de la lengua* en que Juan de Valdés (1535) dice que en Italia damas y caballeros tenían “a gentileza y galanía” saber hablar en castellano. Cien años después es en Francia donde más se aprende español: «en “Francia, ni varón ni mujer deja de aprender la lengua castellana”, dice Cervantes en *Persiles*.»

Inglaterra y Francia en el siglo XIX hispanoamericano

A partir del último cuarto del siglo XVIII y desde la Declaración de la Independencia, que redacta Jefferson y es aprobada el 4 de julio de 1776, y trece años más tarde las proclamas de la Revolución Francesa van a promover nuevas ideas entre los sectores más avanzados de los criollos hispanoamericanos, haciendo madurar el separatismo.

Estos hechos tan conocidos van a crear la avanzada de la introducción de las corrientes culturales en inglés y en francés en la América hispana. No se olvide, por otra parte, que el Precursor Francisco de Miranda —nacido en Caracas en 1750 y muerto en el doloroso destierro en 1816—, combate tanto en la Revolución Norteamericana como —cooperando con Dumouriez— en la Revolución Francesa.

No se olvide que Antonio Nariño (1763-1823), el neogranadino, es el fervoroso divulgador en Hispanoamérica de los *Derechos del Hombre y del Ciudadano*. Tampoco puede olvidarse el hecho que otro precursor independentista, el argentino Mariano Moreno (1778-1811), es el traductor, prologuista y promotor del *Contrato Social* de Rousseau, en la edición castellana. La lectura de las obras de los enciclopedistas fue tan clandestina como fervorosa en la América hispana.

Otra circunstancia histórica que relaciona a Inglaterra con el separatismo criollo hispanoamericano, debe ser recordada. Dejo la palabra al historiador Luis Alberto Sánchez, en su *Historia General de América*, tomo 1, pág. 504, de la edición de 1956, de Santiago de Chile, ya citada:

«Establecida según los moldes masónicos, entonces sumamente en boga por sus ideas de libertad, democracia y oposición al absolutismo, la Gran Logia Americana exigía que: para obtener el primer grado de iniciación en ella era preciso jurar *trabajar por la independencia de América*; y para el segundo, una *profesión de la democrática*.»

«El Consejo Supremo tuvo como sede la residencia de Miranda, *Grafton Street, 27, Fitzroy Square, Londres*, y fundó filiales en varias partes, entre ellas, en *Cádiz*, donde funcionaba la *Logia Lautaro* de tan importante actuación en la campaña por la libertad del Río de la Plata, Chile y Perú.»

«Ante Miranda juraron entregar sus vidas por los ideales de la Logia Americana: *Bolívar* (1806) y *San Martín*; *Moreno* y *Alvear*, de Buenos Aires; *O'Higgins* y *Carrera*, de Chile; *Montúfar* y *Rocafuerte*, de Ecuador; *Valle*, de Guatemala; *Mier*, de México; *Nariño*, de Nueva Granada; *Monteagudo* y muchos más. Fue ahí donde quedó constituido el ubicuo estado mayor espiritual de la inminente guerra por la emancipación del Nuevo Mundo.»

(Los subrayados corresponden a Luis Alberto Sánchez.)

Todos los apellidos son de descendencia o raíces de españoles. Bernardo O'Higgins —que pudiera mover a confusión por el apellido paterno— es Riquelme por el apellido de la madre. Y en cuanto al padre —Don Ambrosio O'Higgins es el Gobernador de España en Chile y ex virrey del Perú y Marqués de Osorno—.

No se trata de levantamientos indígenas —como los de 1780— que esgrimían otras razones socioeconómicas y socioadministrativas y que encabezaban los indígenas hermanos Catari, el cacique de Tungasuca, Condorcanqui —«Tupac Amaru»—, sino de acciones de aquello que he llamado un gran pleito familiar entre la familia hispana, entre criollos y peninsulares ⁹.

⁹ El desarrollo de la tesis nos llevaría lejos y nos distraería del objetivo central de este ensayo, pero a simple título de borrador general podemos recordar que Bolívar pertenece a la nobleza caraqueña emparentada con la española; San Martín —llamado con justicia «El Santo de la Espada»— se forma en los ejércitos españoles y a Buenos Aires llega de España en 1812; en Quito, el promotor del separatismo es Juan Pío Montúfar, marqués de Selva Alegre; la Junta de Gobierno de Chile es encabezada por el octogenario Conde de la Conquista, don Mateo de Toro y Zambrana; los Carrera, en Chile, pertenecen a la aristocracia; en las conspiraciones separatistas de Lima y otras ciudades peruanas están la marquesa de

La penetración de la cultura inglesa en Hispanoamérica, a través de las ideas de la independencia adquiere un símbolo bastante elocuente en las conversaciones de Londres entre el Precursor Francisco de Miranda, el ministro Pitt y el ministro norteamericano, donde Miranda propone un entendimiento solidario entre Inglaterra, Estados Unidos de Norteamérica y la América española libertada, para atajar lo que Miranda califica de despotismos de Austria, Rusia, los monárquicos franceses y los absolutistas españoles. (Las reformas del liberalismo de las Cortes de Cádiz de 1810 y la Constitución de 1812, que pudieron solucionar parte del conflicto fueron malogradas por circunstancias que se desencadenaron más tarde.)

No podemos ignorar que por debajo de este entendimiento ideológico —o simpatía programática liberal— se mueven otros factores en las grandes potencias adversarias de España y que no se ha atenuado la codicia de Inglaterra y de Francia para adueñarse de las colonias españolas en Hispanoamérica.

El plan de Inglaterra era un triple ataque por el Nordeste desembarcando en Venezuela; por el Sudeste, en el Río de la Plata y por el Sudeste, en Chile, para ocupar los pasos estratégicos, como habían hecho los ingleses en el Mediterráneo con Gibraltar. El historiador Luis Alberto Sánchez esclarece en su *Historia General de América* este plan.

Mientras Grawford se dirigía para atacar Valparaíso, el general Beresford desembarcó en el Río de la Plata, donde Santiago de Liniers (1735-1810) y el paisanaje dirigido por Pueyrredón derrotaron a los invasores ingleses. El ataque a Valparaíso fue suspendido, pero Whitelock insistió en una nueva expedición inglesa, en apoderarse de Buenos Aires. Liniers, nuevamente, al frente de las milicias criollas, derrotó a los invasores ingleses.

Los hechos parecen significativos, aleccionadores y los criollos porteños se mueven dentro de un realismo práctico. Son pragmáticos. El bando de Beresford, en el que promete a los argentinos el respeto a la religión católica, la propiedad privada, la libertad de comercio, y establecer un gobierno análogo al de las colonias inglesas, con intervención del vecindario, se ve superado por la realidad práctica, escueta. Frente a las promesas de Beresford estarán los hechos del imperialismo inglés. Las Malvinas, ocupadas por el imperialismo británico hasta nuestros días, y después de una reciente guerra cruenta, que no ha modificado —a las puertas del siglo XXI— la táctica británica del control de puntos estratégicos en el planeta —en los que se incluye

Gislas, la marquesa de Torre Tagle y las Iturregui. Y no olvidemos que el proceso independentista cubano de 1868 empieza por la gente principal y adinerada del país —los Francisco Vicente Aguilera, los Perucho Figueredo, los Carlos Manuel de Céspedes y otros—, y que la Revolución Independentista de 1895 es preparada y orientada ideológicamente por el Apóstol de la Libertad de Cuba, José Martí, que es hijo de un sargento artillero valenciano y de una joven nacida en islas Canarias. La acción de la iglesia incluye al vicepresidente de la Junta de Gobierno de Chile, que es el obispo electo don José Antonio Martínez de Aldunate; a fray José de las Animas, en Buenos Aires y a fray Camilo Henríquez, el editor de *La Aurora de Chile*, sin olvidar que en México, el cura don Miguel Hidalgo, con el estandarte de la Virgen de Guadalupe, es el padre de la independencia mexicana y que el cura de Dolores (Guanajuato) inicia el separatismo mexicano con el grito desde el púlpito de: «Viva Nuestra Señora de Guadalupe y abajo los gachupines».

a Gibraltar— nos dice que Liniers y el paisanaje porteño tenían razón. El mexicano Justo Sierra, mucho más tarde, y con la perspectiva de los años, advertiría la desdicha que hubiera sido para Hispanoamérica haber caído bajo el dominio del imperialismo inglés.

En su *Evolución política del pueblo mexicano*, pág. 151, Justo Sierra escribe: «Sin el levantamiento en España en 1808, México y toda la América española habrían sido, no una colonia, que esto era ya imposible, sino un dominio inglés, compartido, desde luego, con los angloamericanos.»

Por su parte, Francia —no obstante los principios de la Revolución Francesa— no renunció al dominio de España. La invasión napoleónica fue el hecho clave y concreto de esta voluntad de predominio.

¿Por qué Liniers y los criollos argentinos se oponen a la invasión de los ingleses?¹⁰ ¿Por qué, en un principio, hay en Hispanoamérica un apoyo al Consejo de Regencia y se establecen juntas?

El pleito final será entre criollos y peninsulares o entre patriotas y realistas, pero en medio de la contienda hay un hecho en el que me hace pensar una opinión de Pedro Henríquez Ureña sobre España en «Raza y Cultura»:

«Y durante esos cien años se ha discutido sin descanso la obra de España en América. En las campañas de independencia de las naciones hispánicas del Nuevo Mundo se juzgó necesario ennegrecer aquella obra. Después, los libros patrióticos de cada república nueva repitieron mecánicamente la propaganda de las campañas de independencia. Cuando, a fines del siglo XIX, hubiera podido alcanzarse la serenidad de juicio, a la última campaña se interpuso la guerra de Cuba. Pero al comenzar el siglo XX la atmósfera se despejó: no había ya guerras que pelear, podríamos mirar y juzgar con claridad y tranquilidad. Rápidamente va cambiando el juicio. No es sólo que se acepte la excusa que generosamente ofrecía a la “virgen del mundo, América inocente” Quintana, historiador a la vez que poeta: “Crimen fueron del tiempo y no de España”. Es que la conquista y la colonización se ven de un modo muy diverso: porque la verdad es que España se volcó entera en el Nuevo Mundo, dándole cuanto tenía. No pudo establecer formas libres de gobierno ni organización económica eficaz, porque ella misma las había perdido; pero dictó leyes justas. No estableció la tolerancia religiosa ni la libertad intelectual que no poseía; pero fundó escuelas, fundó universidades, para difundir la más alta ciencia de que tenía conocimiento. Y, sobre todo, su amplio sentido humano la llevó a convivir y a fundirse con las razas vencidas, formando así estas vastas poblaciones mezcladas, que son el escándalo de todos los “snobs” de la tierra, de todos los devotos de la falsa ciencia o de la literatura superficial, pero que para el hombre de mirada honda son el ejemplo vivo de cómo puede resolverse pacíficamente, cristianamente, en la realidad, el conflicto de las diferencias de raza y de origen. Durante el siglo XIX se hizo costumbre afirmar la superioridad de otras naciones sobre España y Portugal como colonizadoras. ¡Como si hubiera superioridad en trasplantar a suelo extraño las condiciones de la vida europea, pero para disfrutarlas el europeo sólo, negándose las o escatimándose las a los nativos!»

Me parece importante este breve ensayo de Pedro Henríquez Ureña, «Raza y Cultura», que publica —como ya vimos— *Repertorio Americano*, que orienta Joaquín

¹⁰ «En una de sus proclamas, Liniers exhortaba al pueblo de Buenos Aires colonial a rechazar la invasión, para no convertirse en otro tipo muy inferior de colonia. ¡Liniers debía conocer muchas que aún hoy confirman su juicio!», escribe Pedro Henríquez Ureña en «Raza y Cultura», en *Repertorio Americano*, San José, Costa Rica, Tomo XXVIII, Año XV, N.º 665, 6 de enero de 1934.

García Monge en San José de Costa Rica. El número es el 655 del 6 de enero de 1934. En este trabajo, donde se abordan asuntos que me parecen muy importantes en relación con la comunidad hispánica, Pedro Henríquez Ureña hace la observación inicial que «el mundo marcha más despacio que el pensamiento generoso».

De estas observaciones del humanista dominicano me parece necesario retener: a) donde dominaba la indiferencia y limitación se ha desarrollado la conciencia de nuestra comunidad espiritual de la unidad esencial de los pueblos hispanos, «la conciencia de “la raza”, denominada así, no ciertamente con exactitud científica, pero sí con impulso de simplificación expresiva»; b) «Junto a las gentes del viejo solar ibérico, donde se superponen culturas milenarias, desde las más antiguas del Mediterráneo, ligadas a troncos raciales diversos, están los pueblos indígenas de las dos Américas, cuya inmensa variedad lingüística desaparece bajo la lenta pero segura presión del español»; c) Opina Pedro Henríquez Ureña que el Día de la Raza bien pudiera llamarse el Día de la Cultura Hispánica; d) «Lo que une y unifica a esta raza, no es real sino ideal, es la comunidad de cultura, determinada de modo principal por la comunidad de idioma»; e) «Pertenece al Imperio Romano, decía Sarmiento hablando de estos pueblos de América; pertenecemos a la Romania, a la familia latina, o, como dice la manoseada y discutida fórmula, a la raza latina: otra imagen de raza, no real sino ideal»; f) Pedro Henríquez Ureña piensa que es probable que padezcamos una crisis transformadora, una crisis de civilización y opina que el contacto entre España y América, ha dado gradualmente al espíritu español amplitud y vastedad que van en progreso; g) «Aunque España creó el tipo del hombre señorial, como dice Vossler, y el español más humilde tiene aire de caballero, como dice Belloc, nunca se incubó en España ninguna doctrina de superioridad de razas ni de climas, como las que en nuestra era científica corren, miméticamente disfrazadas de ciencia, como reptiles verdes entre hojas nuevas o insectos pardos entre hojas secas. La amplitud humana del español necesitaba completarse con la amplitud intelectual para crear la imagen depurada del tipo hispánico. A eso aspiran, desde su nacimiento, las repúblicas hispánicas de América. A eso tiende, en el siglo XX, la España nueva», y h) «España se nos muestra hoy, además, amplia y abierta, más que nunca, para todas las cosas de América. El antiguo recelo ha cedido el lugar a la confianza». «Sobre la buena voluntad se cimenta la obra de confraternidad hispánica. En esta obra debemos todos unir nuestro esfuerzo, para que la comunidad de los pueblos hispánicos haga, de los vastos territorios que domina, la patria de la justicia universal a que aspira la humanidad».

En estas últimas líneas advierto la proyección final, ideal, de lo que será uno de los temas capitales de Pedro Henríquez Ureña: la utopía de América, que es un proyecto sustentado desde lo real posible y deseable.

Factores y circunstancias culturales

Este pleito entre la familia hispana y que llena el siglo XIX tiene, como toda disputa familiar, sus altos y bajos, sus iras y sus ferocidades —que nos hacen pensar en el destino griego—, y sus períodos de calmados parlamentos y hasta sus brindis de

reconciliación, pero como todo conflicto entre parientes, y que se encona, cruzan profecías y amenazas, acciones, hechos violentos y se pasa de la paz a la guerra como de una habitación a otra de una casa.

El juramento de Bolívar en el Monte Sacro de Roma —en donde promete la libertad de la América hispana— es realismo, visión, previsión, quijotismo, profecía, como lo es su célebre Carta de Jamaica de 1815. Es visión de estadista continental en el Discurso ante el Congreso de Angostura, el 15 de febrero de 1819, y es el ideal político de una Hispanoamérica unida, de un primer congreso de pueblos, con peso internacional, que está en el plan de Bolívar para la convocatoria de naciones para el Congreso de Panamá, donde la carta de Bolívar desde Lima, el 7 de diciembre de 1824 es meridiana y expresiva.

Pienso que Bolívar es uno de los puntos de partida de la tesis de Pedro Henríquez Ureña sobre la Utopía de América, y acaso el ideario bolivariano —con el ideario martiano— constituyen sus soportes fundamentales. Hay que agregar, luego, los aportes de Bello y Hostos, de Sarmiento y Rodó, de Alfonso Reyes, Antonio Caso y José Vasconcelos, y otros.

En la acción de Bolívar se pasa desde la letra y actividad de la llamada «La Guerra a Muerte» —que tiene el sello trágico de un gran drama griego— al abrazo y banquete de Santa Ana, en los Andes, entre Bolívar y el general español don Pablo Morillo; desde la comunicación de Bolívar a Fernando VII, desde Bogotá, el 24 de enero de 1821 («vendrán los españoles a recoger los dulces tributos de la virtud, del saber, de la industria, no vendrán a arrancar los de la fuerza») hasta la carta al general español Miguel de la Torre —el 21 de enero de 1821— («Me doy la enhorabuena, mi querido general, de que sea usted el jefe de mis enemigos, porque ninguno es más capaz que usted de hacer menos mal ni mayor bien. Usted es el que debe estancar las heridas de su nueva patria.»)

Esto sólo intenta reiterar los vaivenes de la discordia, de la discrepancia, de la reyerta de la familia hispana y recorro al ejemplo de una figura representativa y simbólica de esta etapa de enfrentamientos armados. Por otra parte, desde otro ángulo, Bolívar es nuestro primer ejemplo del prerromanticismo o el romántico hispanoamericano en la letra que se convierte en acción, en la acción que es una forma de escritura romántica. Bolívar, tan de raíces de la cultura española es, también, al mismo tiempo, una figura nutrida en el pensamiento de los enciclopedistas franceses y un hijo espiritual de Rousseau, además de devoto de Voltaire.

Como España —la madre— se empeñaba en que los hijos hispanoamericanos no leyeran a los pensadores franceses enciclopedistas —y esto ocurre en las mejores familias— los hijos se empeñaron en buscar lo prohibido y, por ahí, la cultura francesa —con los enciclopedistas como vanguardia proselitista— empezó a caminar los caminos de Hispanoamérica.

Vivimos, en el siglo XIX, un siglo cultural hispanoamericano en pleito ideológico con la madre España y nos empeñamos en afrancesarnos, primero en la lucha independentista o separatista y, luego, porque nos parecía que era «de buen tono» el afrancesamiento cultural.

Algunos de los románticos españoles más connotados viven sus exilios y destierros

en París. Luego, ese «ángel de las nieblas» que es Bécquer, encuentra un hermano del humor germano-judío que es Heine. Es Bécquer el suspiro en la sombra. La otra voz de intimidad es la de Carolina Coronado. Y el trágico, al que el paso del tiempo no atenuará en su permanente importancia es Larra —crítico, dandy y fulgurante risueño y patético en la vida.

Del siglo XVIII se nos escapa una figura humanista de la categoría de fray Benito Jerónimo Feijoo (Orense, 1676-Oviedo, 1764).

El siglo XIX español está en Hispanoamérica enteramente opacado por el siglo XIX francés. Un escritor de la categoría de Galdós me parece que ha entrado muy tarde en la conciencia literaria de Hispanoamérica, donde un Emilio Zola ha hecho su ingreso muy temprano.

Los colegios religiosos, a través de los padres españoles, son los únicos y débiles puentes culturales hacia las letras españolas en un largo período en el que el oído hispanoamericano sólo quiere escuchar lo francés. Lo afrancesado es moda y, hasta cierto punto, un modo para ocultar nuestras propias raíces.

Desde su Nicaragua natal escucha Rubén Darío la queja becqueriana y ella vibra en los años formadores del poeta, donde cuenta la colección de los clásicos españoles de Rivadeneyra.

Pero Darío irá a París para buscar en parnasianos y simbolistas los universos estéticos de un nuevo color, de un nuevo ritmo, de una nueva música. Y esta militancia estética de los modernistas constituye una vinculación con Francia. (Juan Ramón Jiménez incorporará del simbolismo lo que su andalucismo admite como luz y sonido, pero Antonio Machado, que estudiará a Bergson en París, le otorgará a las conquistas simbolistas y rubendarianas un dejo castellano y las hará machadianas, propias, sentenciosamente españolísimas.)

Pero no olvidemos que junto al Rubén Darío «francés» está el Rubén Darío hispanoamericano y el Rubén Darío «español». El amor a España de Rubén Darío —y su inspiración española— explica la relación entre Darío y los modernistas españoles. Y no olvidemos tampoco que Francisca Sánchez —la compañera de Darío en años muy creadores— es una española.

No podemos dejar de observar que el primer maestro, en el modernismo, de Rubén Darío, es un hispanoamericano —José Martí—, nutrido en Gracián, en Santa Teresa y otros grandes clásicos españoles, y en los poetas franceses y norteamericanos —sin olvidarnos de Walt Whitman.

La devoción hispanoamericana por los impresionistas franceses —grandes pintores, sin duda alguna— nos hace olvidar que el genio de Goya es el que anticipa la renovación de la pintura francesa de los impresionistas. *La Belle Epoque* es, para las vanguardias y minorías ilustradas de Hispanoamérica, «la última palabra» en cuanto a estética, olvidándose de las raíces culturales mayas e incas, de la impresionante presencia de los historiadores o cronistas de Indias —donde es posible encontrar un realismo mágico vivo— y de los creadores poderosos, como un Sarmiento o un Martí.

Uno de nuestros grandes creadores líricos de la vanguardia, Vicente Huidobro, escribe una parte de su importantísima obra poética en francés. Robert Ganzó nace en Caracas, Venezuela, en 1898, pero su obra hay que buscarla en las antologías líricas

de los poetas franceses (desde *Orénoque*, 1937, hasta *Colére*, 1951, pasando por *Rivière*, *Langage*, *Tracts*, *Chansons* y otros libros suyos, todo ha sido escrito en francés, si bien es cierto que éste es un caso extremo de trasplante cultural).

En Hispanoamérica empezaremos a recuperar y a identificarnos con España literaria, plenamente, otra vez, a partir de los creadores de la Generación de 1898. Es curiosamente simbólico que el desastre naval de la bahía de Santiago de Cuba, en la guerra hispano-norteamericana, nos devuelve el amor hacia la creación literaria española y, en general, hacia la cultura hispánica.

Sobre los vínculos ideológicos y culturales —que cristalizan en los días de la independencia hispanoamericana—, y son como una carambola o un rebote en los pleitos independentistas hispanoamericanos, profesores franceses, con objetivos político-culturales trabajaron para Hispanoamérica, la designación de América Latina o en Latinoamérica, para un espacio geográfico y humano donde la presencia del hispano, del indio y del africano resulta evidente en un continente que es producto de un mestizaje y de una mulatez —en la gran zona caribeña— racial y cultural.

Pero siglos antes de la imagen de América Latina o de Latinoamérica para la gran zona continental Indohispanoafroamericana, no olvidemos que nuestro nombre de América es producto del equívoco de un cartógrafo germano —Martín Wadseemuller, profesor de geografía del colegio de San Didier, Lorena—, y que en su *Cosmographia Introductio* de 1507 creyó que el descubridor del Nuevo Mundo era Américo Vespucci y no Cristóbal Colón («habiendo sido descubierta por Américus puede llamarse Amériga, tierra de Américo o América», escribió Wadseemuller). Lo demás, lo hicieron ardides, de lo que llamaríamos hoy guerra psicológica, para quitarle a España la relación descubridora de esa «cuarta parte del globo» al borrar la empresa de Cristóbal Colón en el descubrimiento para Europa de las tierras de ese Mundo Nuevo. Las naciones enemigas políticas de España acuñaron, en coro, el error histórico de Wadseemuller que, cuando quiso rectificar, comprendió que su equivocación de información se había convertido en «la imagen real».

Tarea paciente, inteligente, aguda, constante y fervorosa ha sido la tarea de «devolver» España a Hispanoamérica. Pedro Henríquez Ureña —entre los principales «relacionadores» de las culturas hispánicas en el siglo XX—, ha partido de su propia tierra natal¹¹ donde España estableció las primeras fundaciones culturales para el desarrollo futuro de las Indias Occidentales, del Nuevo Mundo o de la América hispana.

En el siglo XX hay dos hechos históricos que aceleran la nueva relación entre España e Hispanoamérica: la República Española de 1931 y la guerra civil de 1936-1939 que, como consecuencia, a través del éxodo o exilio republicano que produce, trae a países hispanoamericanos a creadores y divulgadores de la cultura en todos los campos. Aunque los países que más se ven culturalmente favorecidos por el exilio cultural republicano español son México, en primer término, y el Río de la Plata, luego, no hay país hispanoamericano que no se haya visto enriquecido por la presencia de intelectuales de la España Peregrina¹².

¹¹ Pedro Henríquez Ureña nació en Santo Domingo el 29 de junio de 1884.

¹² En lo que respecta a la República Dominicana, para citar un ejemplo, y es la patria de Pedro

Pedro Henríquez Ureña nos devuelve a España sin renegar de su América y no levanta a su América a costa de España. Busca y encuentra el equilibrio de la interrelación de las culturas. La utopía de América es un ascenso espiritual de las culturas nutridoras del escenario indohispanoafroamericano. La utopía de América descansa en la integración cultural que nutre la proyección de esta utopía, que sin la pierna india y sin la pierna hispana quedaría impedida de andar. Pedro Henríquez Ureña afirma las raíces culturales. Supera toda ruptura cultural y realiza el proceso de tesis y antítesis para lograr la síntesis, base real de la utopía.

La Utopía de América

¿Cómo ha de entenderse esto de la utopía en América? Rafael Gutiérrez Girardot llamó así a la selección de las obras de Pedro Henríquez Ureña para la Biblioteca Ayacucho, Caracas, Venezuela, número 37 de la colección, aparecida en los finales de 1978 y que es una obra de 571 páginas que incluye un prólogo de Gutiérrez Girardot y una cronología y bibliografía. Y hay que decir que en la compilación y la cronología intervino Angel Rama, además de Rafael Gutiérrez Girardot.

Pero volvamos a preguntarnos ¿qué es esto de la utopía de América? ¿De qué clase de utopía se trata?

Si uno escucha la palabra utopía, por una especie de reflejo condicionado de Pavlov, piensa en la ínsula Utopía de la novela filosófica de Tomás Moro que apareció en 1516. (La traducción española que conozco es la del Fondo de Cultura Económica de México, de 1941.) Moro, en su isla ideal, proponía la abolición de la propiedad privada y la intolerancia religiosa.

El Renacimiento hizo florecer la imaginación, las hipótesis sobre metas mejores para la humanidad, los planes ideales y los proyectos posibles de una organización social, política, económica, cultural, de metas superiores, sin olvidarnos que es Platón, con su *República*, el padre de estas concepciones. El Fondo de Cultura Económica de México ha reunido como *Utopías del Renacimiento* algunos libros claves como la *Ciudad del Sol*, de Campanella, y la *Nueva Atlántida*, de F. Bacon. Se ha pensado que el tema ha continuado presente en algunas de las novelas del género literario que conocemos como ciencia-ficción o literatura de anticipación.

Para Comte, la utopía —en su *Politique positive*— es la vía para mejorar las instituciones políticas y desarrollar las ideas científicas.

Nicola Abbagnano nos recuerda que Marx y Engels condenaron como «utopistas» las formas que el socialismo había tomado por obra de Saint-Simon, Fourier y Proudhon, oponiéndoles Marx y Engels el socialismo que ellos llamaron «científico», que prevé la transformación del sistema capitalista en sistema comunista, pero que excluye cualquier revisión acerca de la forma que tomará la sociedad futura y cualquier programa para ella.

Henríquez Ureña, es documental y significativa la obra de VICENTE LLORENS: *Memorias de una emigración, Santo Domingo, 1939-1945*, Barcelona, 1975, Edit. Ariel, 214 págs., «Horas de España», con numerosas fotografías y otros documentos.

Mannheim no piensa así, y considera que la utopía está destinada a realizarse, y que la utopía —en oposición a la ideología—, está en la base de toda renovación social. Mannheim ha escrito un libro clave para analizar la utopía y la ideología. Apareció su traducción en Ciudad México en 1941: *Ideología y utopía*.

Nicola Abbagnano, en su *Diccionario de Filosofía*¹³, es muy preciso a la hora de las definiciones y coloca el problema en lo que nos parece su justa medida y corresponde al sentido, al concepto que Pedro Henríquez Ureña ha dado a la Utopía de América. Dice Abbagnano:

«En general se puede decir que la utopía representa una corrección o una integración ideal de una situación política, social o religiosa existente. Esta corrección puede permanecer, como ha ocurrido y ocurre a menudo, en el estado de simple aspiración o sueño genérico disolviéndose en una especie de evasión de la realidad vivida. Pero puede también suceder que la utopía resulte una fuerza de transformación de la realidad en acto y adquiere bastante cuerpo y consistencia para transformarse en auténtica voluntad innovadora y encontrar los medios de la innovación. Por lo común, la palabra se entiende más con referencia a la primera posibilidad que a la segunda. A pesar de todo, la segunda tampoco se puede excluir, por más que cuando se verifica, la utopía debe reivindicar para sí el nombre de ideología o de idea.»

Me parece que la utopía americana tiene un largo caminar de siglos e irá siempre más allá, pues el tercer milenio puede ser un escenario para su crecimiento, desarrollo y conquistas reales.

En la tradición oral de nuestro continente de las culturas prehistóricas —tanto en el sur como en el centro y aun en el norte—, se mantenía la imagen de esos extraños dioses blancos de la primera tierra más allá del océano. En el *Popul Vuh*, en los grabados olmecas y toltecas, entre los incas —como lo ha recordado Mario Contreras Vega, el poeta chileno de Coyhaique en su poema «Llegará el tiempo de dar cuentas»—, está la profecía de la llegada de esos extraños dioses blancos. En los relatos de Hernán Cortés y en algunas páginas de los cronistas de Indias, podemos rastrear estos símbolos y estos mitos que flotan, y que facilitarán la conquista de Cortés de lo que será llamada la Nueva España y permitirán, también, las acciones de Francisco Pizarro, en el sur, y la caída del imperio Inca.

Colón también es recibido como «un enviado» superior. El almirante de Indias se deja, a su vez, ganar por el hechizo y ve árboles que se vuelven negros a causa de tanto verdor. A los Reyes Católicos escribe: «Certifico a Vuestras Altezas que en el mundo creo que no hay mejor gente ni mejor tierra: ellos aman a sus prójimos como a sí mismos y tienen un habla la más dulce del mundo, y mansa, y siempre con risa».

Debajo o por encima de las impresiones de este navegante con alma de poeta, estuvo el choque de dos culturas distintas, de dos tecnologías diferentes, con todo lo que este hecho significa.

Si el Gran Almirante y sus compañeros obsequiaron a los nativos con cuentas de vidrio y espejillos, para ganarse la confianza y admiración de los pobladores indígenas,

¹³ *Diccionario de Filosofía*, por NICOLA ABBAGNANO, México, 1963, Fondo de Cultura Económica, pág. 1.171, col. 1 y 2. La primera edición en italiano es de 1961. La primera edición en español es ésta de 1963.

éstos, más adelante, agasajaron a los occidentales con oro y con mitos. *El Dorado*, la *Fuente de la Eterna Juventud*, son peldaños andinos en la gran utopía americana.

Anita Arroyo nos ha recordado una tesis de Américo Castro en el sentido que el padre Las Casas sería el antecesor del movimiento de liberación política y cultural americano. Tanto las *Cartas de Relación* de Cortés, como la *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*, de Bernal Díaz del Castillo, contienen valoraciones del espacio del Nuevo Mundo.

Alonso de Ercilla y Zúñiga nos da en *La Araucana* el poema épico de la lucha de dos mundos en las selvas del sur. El soldado poeta se deja ganar por la dimensión del paisaje geográfico y del paisaje humano del Nuevo Mundo. Y en esa vía lo sigue el criollo Pedro de Oña.

Bernardo de Balbuena y Juan de Castellanos —el primero con su *Grandeza Mejicana*, y el segundo con sus *Elegías de Varones Ilustres de Indias*—, aportan, desde la poesía, las impresiones del encuentro y choque de estas dos culturas. Y será el hijo del capitán español Sebastián Garcí-Lasso de la Vega y de la princesa india Isabel Chimpu Ocllo, sobrina del emperador Haina Capac, el inca Garcilaso de la Vega, autor de *Comentarios Reales*, el que desde su mestizaje nos mostrará el resplandor de la síntesis de las dos culturas. Esto también es el camino de la utopía americana.

Tratado de educación llama Anita Arroyo, de la Universidad de Puerto Rico, el *Periquillo Sarmiento*, ese primer intento de un novelista americano: Fernández de Lizardi.

Dos grandes talentos, a los que ha dedicado Pedro Henríquez Ureña espacios ensayísticos¹⁴, Juan Ruiz de Alarcón y sor Juana Inés de la Cruz, proyectan un espíritu de renovación cultural hispanoamericana desde la Nueva España.

Me he referido a Simón Bolívar como uno de los manaderos ideológicos, constantes, de la utopía americana. Su visión es una previsión. Es capaz de unir el idealismo con el realismo y proponer —desde lo imposible— lo posible ideal y práctico que un día realizaremos.

Hay que aludir a los poetas, que siempre ven más allá desde la realidad inmediata: a un José Joaquín Olmedo, a un José María Heredia y a otros intérpretes de la visión americana.

Andrés Bello es el humanista y, en no pocas vías, antecedente desde el siglo XIX de lo que en el siglo XX harán un Pedro Henríquez Ureña o un Alfonso Reyes, en la relación entre España e Hispanoamérica.

Domingo Faustino Sarmiento, no en vano, polemizó con Andrés Bello, pero aunque sus tesis sobre la proyección de Hispanoamérica chocaron, se complementan y son ambas igualmente necesarias, porque si Bello es la relación de Europa con América, en Sarmiento prima —como en la tesis de Unamuno sobre España, de mucho más tarde—, la proyección eminentemente hispanoamericana, una búsqueda y encuentro de una autenticidad de las raíces americanas por sobre cualquier otra

¹⁴ Sobre *Don Juan Ruiz de Alarcón*, pronunciará Pedro Henríquez Ureña una conferencia en la Librería General de México el 6 de diciembre de 1913, publicada en *Nosotros*, México, marzo de 1914 y recogida en *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* (1928). Su ensayo *Sor Juana Inés de la Cruz*, está en *Cursos y Conferencias*, Buenos Aires, año 1, núm. 3, septiembre de 1931.

circunstancia y desde *Facundo* deja planteado el problema de civilización contra barbarie. Pedro Henríquez Ureña es justo en su «Perfil de Sarmiento»¹⁵:

«Poesía, teatro y novela acusan con la mayor claridad las líneas principales de nuestro movimiento romántico; y sin embargo, quien mejor lo encarna no es un poeta, sino un prosista que nunca ensayó el drama ni la novela, Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888). Sarmiento tenía el ímpetu romántico pleno, la energía de la imaginación y el apasionado torrente de palabras, junto con vivaz percepción de los hechos y rápido fluir del pensamiento. Con todos estos dones, no se resignó a quedarse en mero escritor; sólo pensaba en servir a su patria argentina, a Chile, a toda la América española. Educar fue pasión suya, la más temprana, educarse a sí mismo y educar al pueblo». (...) «Como inició su carrera literaria cuando era nuevo el romanticismo y las opiniones en literatura estaban gobernadas todavía, a sabiendas o no, por las doctrinas clasicistas, se le condenó en nombre del siglo XVIII. Transcurridos cien años, sus escritos nos lo revelan como maestro».

No podemos dejar de citar, en la utopía de América, el aporte de José Hernández en su *Martín Fierro*, que nos representa como las páginas de Sarmiento.

Me he referido antes a los aportes de Juan Montalvo, de Eugenio María de Hostos, de José Martí, de Rubén Darío, de José Enrique Rodó y su *Ariel*, a los que dedica Pedro Henríquez Ureña, en hora temprana, una atención especial¹⁶. La utopía de América se proyecta desde lo mejor del ayer hispanoamericano hacia el mañana.

Consideraciones finales

La utopía de América no está escrita sobre el aire, sino sobre la tierra y la sangre, el espíritu y la vocación ideal de Hispanoamérica. «La unidad de su historia, la unidad de propósito en la vida política y en la intelectual, hacen de nuestra América una entidad, una *magna patria*, una agrupación de pueblos destinados a unirse cada día más y más», escribe Pedro Henríquez de Ureña en «La utopía de América»¹⁷, y agrega:

«Si el espíritu ha triunfado, en nuestra América, sobre la barbarie interior, no cabe temer que lo rinda la barbarie de afuera. No nos deslumbre el poder ajeno: el poder es siempre efímero. Ensanchemos el campo espiritual: demos el alfabeto a todos los hombres; demos a cada uno los instrumentos mejores para trabajar en bien de todos; esforcémonos por acercarnos a la justicia social y a la libertad verdadera; avancemos, en fin, hacia nuestra utopía.»

¹⁵ Es parte de una de las conferencias que Pedro Henríquez Ureña ofreció en el Fogg Museum of Art de la Universidad de Harvard, en el curso académico 1940-1941. La conferencia fue en inglés y aparece en *Literary Currents in Hispanic America*, Harvard, Cambridge, Massachusetts, 1945. El propio Pedro Henríquez Ureña la tradujo para *Cuadernos Americanos*, México, IV, núm. 5, septiembre-octubre 1945, págs. 199-206, como parte del homenaje que *Cuadernos Americanos* rindió a Sarmiento en el centenario de *Facundo*.

¹⁶ PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA publicó «Ariel» en *Cuba Literaria*, Santiago de Cuba, 12 de enero de 1905, y el trabajo fue recogido en *Ensayos Críticos*, La Habana, Imprenta Esteban Fernández, 1905. Es uno de los primeros ensayos de un Pedro Henríquez Ureña de sólo veintiún años. «La obra de José Enrique Rodó» está en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, México, 1910, págs. 63-83. Y hay también una «Marginalia: José Enrique Rodó», en *Revista Moderna*, México, diciembre de 1907.

¹⁷ «La utopía de América» apareció en Ediciones Estudiantina, La Plata, Argentina, 1925. Fue una conferencia en la Universidad de La Plata, Argentina, pronunciada en 1922.

Pedro Henríquez Ureña aclara, aún más, la viabilidad de esta utopía americana: «La utopía no es vano juego de imaginaciones pueriles: es una de las magnas creaciones espirituales del Mediterráneo, nuestro gran mar antecesor.»

No se trata de una fuga, de una huida de la realidad, sino, al contrario, de centrar esta realidad y hacer posible lo ideal y lo superior, lo perfecto necesario:

«¿Cuál sería, pues, nuestro papel en estas cosas? Devolverle a la utopía sus caracteres plenamente humanos y espirituales, esforzándonos porque el intento de reforma social y justicia económica no sea el límite de las aspiraciones; procurar que la desaparición de las tiranías económicas concuerde con la libertad perfecta del hombre individual y social, cuyas normas únicas, después del *neminem laedere*, sean la razón y el sentido estético. Dentro de nuestra utopía, el hombre llegará a ser plenamente humano.»

Pedro Henríquez Ureña concilia nación y universo, el hombre nacional con el hombre universal. Las diferencias del clima, de la lengua, de las tradiciones, «en vez de significar división y discordia, deberán combinarse como matices diversos de la unidad humana». Pedro Henríquez Ureña insiste: «Nunca la uniformidad, ideal de imperialísimos estériles; sí la unidad, como armonía de las unánimes voces de los pueblos».

El humanista dominicano espera que nuestra América se aproxime a la creación del hombre universal, «por cuyos labios hable libremente el espíritu, libre de estorbos, libre de prejuicios», sin que las regiones de nuestra América dejen de conservar y perfeccionar todas sus actividades de carácter original en el orden social y cultural.

En la celebración del centenario del nacimiento de Pedro Henríquez Ureña, se proyecta su fidelidad a la cultura de su país natal; su papel de relacionador de las culturas hispánicas; su necesario proyecto real, deseable, posible, de la utopía de América y la concepción de una Hispanoamérica como «Patria de la justicia». En su prédica llega a decir: «El ideal de la justicia está antes que el ideal de cultura», e insiste que «no es ilusión la utopía, sino el creer que los ideales se realizan sin esfuerzo y sin sacrificio». El mensaje final de Pedro Henríquez Ureña continúa siendo: «Hay que trabajar».

ALBERTO BAEZA FLORES
Ciudad Bosque Los Arroyos
Calle 10, núm. 212
LAS ZORRERAS
Provincia de Madrid.